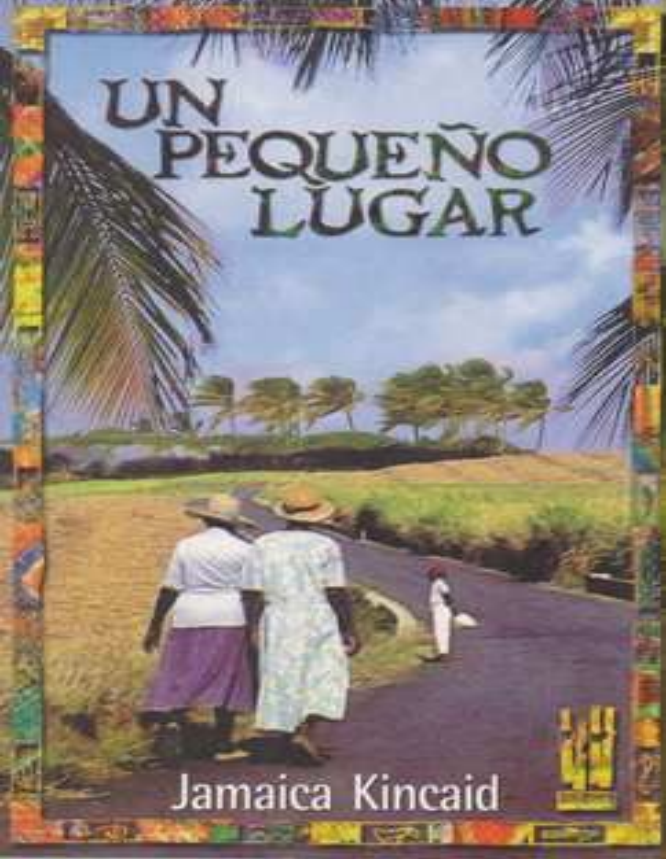




UN PEQUEÑO LUGAR

Jamaica Kincaid



Annotation

“Cuando te sientes a saborear esa deliciosa comida, mas vale que ignores que la mayoría de los alimentos que estás comiendo los han traído en avión desde Miami. Y antes de que cargaran esos productos en Miami, ¿quién sabe de dónde precedían? Cabe suponer que procedían originariamente de un lugar como Antigua, donde se cultivaron a precio de saldo, antes de ser llevados a Miami y traídos de nuevo a Antigua. Esta es una novela corta pero de gran alcance, una critica a la nueva colonización que suponen ciertas formas de turismo. Desde la voz de los de abajo y mediante una prosa libre, directa e ignorante de

complejos, la autora hace un esbozo de Antigua, país donde nació, creció y aprendió a detestar todo lo relacionado con los colonos ingleses, excepto su literatura. Un pequeño lugar ha sido llevada al cine con el título *Life and Debt*, recibiendo el Premio especial de la Crítica de Los Ángeles.

- [Jamaica Kincaid](#)

-

- [I](#)

- [II](#)

- [III](#)

- [IV](#)

- [notes](#)

-

-

- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐
- ☐



Jamaica Kincaid

Un pequeño lugar

*Para Brian y Verónica
Dyle;*

*para mis hermanos
Joseph, Dalma, y Devon Dew
con amor;*

*y Para William Shawn
(otra vez) con gratitud y amor.*

I

Si vas de turista a Antigua, verás lo siguiente. Si llegas en avión, aterrizarás en el aeropuerto internacional V. C. Bird. Veré Cornwall (V. C.) Bird es el primer ministro de Antigua

1. Quizás seas de esa clase de turistas que se preguntan por qué querría un primer ministro que se bautizara un aeropuerto con su nombre. ¿Por qué no una escuela, un hospital o un gran monumento público? Como eres un simple turista, todavía no has visto ninguna escuela de Antigua, ni el hospital, ni ningún monumento público. En el instante en que el avión desciende para tomar

tierra, a lo mejor se te ocurre decir:

¡Qué linda es Antigua! Más linda que cualquiera de las otras islas que has visto, y eso que eran bien lindas, a su manera, pero demasiado verdes, de una vegetación demasiado exuberante, lo cual te indicaba a ti, el turista, que recibían abundante lluvia, y es precisamente la lluvia lo que ahora mismo deseas evitar, puesto que piensas en los días arduos y fríos, oscuros e interminables que has pasado trabajando en Norteamérica (o peor aún, en Europa) ganando algo de dinero para poder permanecer unos días en este lugar donde siempre brilla el sol y el clima es deliciosamente cálido y seco en la época que vas a estar en la isla; además, como estás de vacaciones, como eres un simple turista, nunca debe cruzarte por la

imaginación cómo lo deben pasar quienes tienen que vivir un día sí y otro también en un lugar que padece constantemente de sequía, por lo que tienen que controlar cuidadosamente cada gota de agua potable utilizada (si bien al mismo tiempo están rodeados por un mar y un océano: el mar Caribe a un lado y el océano Atlántico al otro).

Sales del avión. Pasas por la aduana. Como eres un simple turista, norteamericano o europeo -para ser sinceros, de raza blanca- a diferencia de un negro antiguano que regresa al país procedente de Europa o de Norteamérica acarreando cajas de cartón llenas de la tan necesitada comida y ropa barata para sus parientes, pasas por la aduana rápidamente, pasas por la aduana sin

dificultad. No te registran el equipaje. Sales de la aduana al aire cálido y puro del exterior: al punto, te sientes purificado, bendecido (es decir, especial); te sientes libre. Te fijas en un hombre, un taxista; le pides que te lleve a tu lugar de destino; te menciona un precio. Inmediatamente, piensas que el precio corresponde a la moneda local, ya que eres un turista y estás familiarizado con estas cosas (tipos de cambio) y te sientes aún más libre, las cosas parecen tan baratas, pero entonces el conductor finaliza diciendo, «en dólares de los Estados Unidos». Entonces, quizás le preguntes, «¿tiene la lista oficial de precios?». El taxista obedece la ley y te muestra la lista, se excusa por el increíble error que ha cometido al mencionarte de

memoria un precio que es completamente distinto (a su favor) en comparación con el de la lista oficial. El taxista te lleva al hotel en ese taxi, un automóvil recién estrenado de fabricación japonesa. La carretera por la que viajas está en bastante malas condiciones, necesita imperiosamente que la reparen. Te sientes de maravilla, así que dices, «¡estupendo! ¡Vaya carreteras tan malas, en comparación con las espléndidas autopistas a las que estoy acostumbrado en Norteamérica!». (O peor aún, en Europa). El conductor conduce imprudentemente; es un tipo peligroso que va por el medio de la calzada cuando cree que no viene ningún coche en dirección contraria, adelanta en curvas sin visibilidad y cambios de rasante, conduce

a cien por hora en tramos estrechos y sinuosos, mientras que, según la señal de tráfico, un objeto roñoso y abollado, herencia del pasado colonial, la velocidad máxima permitida es de 40 kilómetros por hora. Quizás esto te asuste (estás de vacaciones, eres un simple turista); quizás te parezca emocionante (estás de vacaciones, eres un simple turista); aunque si eres de Nueva York y viajas en taxi, ya estás acostumbrado a este estilo de conducción: la mayoría de los taxistas de Nueva York proceden de países como éste. Miras por la ventanilla (quieres disfrutar del dinero que has pagado); te das cuenta de que todos los coches que ves están recién estrenados, o casi, y son de fabricación japonesa. No hay automóviles norteamericanos en

Antigua -automóviles nuevos, en cualquier caso; ninguno que haya sido fabricado en los últimos diez años-. Sigues contemplando los automóviles y te dices, anda, parecen nuevos, pero emiten un sonido horrible, como el de un coche viejo, un coche viejo y destartalado. ¿Cómo se explica eso? Bien, posiblemente se deba a que quienes conducen esos automóviles recién estrenados cuyos motores han sido hechos para ser utilizados con gasolina sin plomo utilizan gasolina con plomo, pero no le preguntes a la persona que conduce el taxi si es ésa la razón, puesto que no ha oído hablar de la gasolina sin plomo. Echas un vistazo atento al vehículo; observas que es un modelo de automóvil japonés que quizás dudarías en comprar; un modelo

que resulta muy caro; poco práctico para una persona que trabaja tan duramente como tú y que mira cada céntimo que gana de manera que pueda permitirse las vacaciones que está disfrutando en este momento. ¿Cómo se permiten un automóvil como éste? ¿Viven en una casa tan lujosa como el vehículo? Pues no. Te sorprendería saber que lo más probable es que la persona que conduce este automóvil recién estrenado que utiliza un tipo de gasolina inadecuada vive en una casa que, en comparación, está muy por debajo de la categoría del automóvil; y si se te ocurriera preguntar por qué, te responderían que el gobierno insta a los bancos a que concedan préstamos para la adquisición de automóviles, pero que los préstamos para la vivienda no son tan

fáciles de conseguir; y si volvieras a preguntar por qué, te responderían que los dos principales concesionarios de automóviles de Antigua son propiedad en parte o en su totalidad de ministros del gobierno. ¡Claro! Estás de vacaciones y la vista de estos automóviles recién estrenados conducidos por gente que quizás no haya aprobado el examen de conducir (una vez se produjo un escándalo a cuenta de la venta de permisos de conducir) no despertará en ti esa clase de pensamientos. Pasas junto a un edificio que descansa sobre un mar de polvo y te dices, deben de ser unas letrinas para transeúntes, pero cuando vuelves a mirar ves que en el edificio aparece escrito ESCUELA PIGOTT. Pasas junto al hospital, el hospital Holborton, y haces

mal en ignorarlo, puesto que, aunque eres un simple turista que está de vacaciones, ¿qué pasaría si tu corazón dejara de latir por un instante? ¿Qué sucedería si se te rompiera un vaso sanguíneo del cuello? ¿Qué pasaría si uno de esos tipos que conduce un automóvil recién estrenado y con el depósito lleno del tipo de gasolina inadecuada efectúa un adelantamiento arriesgado en el cambio de rasante de una curva y te hallas en el coche que circula en sentido contrario? ¿Estarás tranquilo sabiendo que el hospital está lleno de médicos de los que no se fían los antiguos? ¿Que los antiguos siempre dicen lo mismo de los médicos: «No quiero que se me acerquen»? ¿Que no los llaman médicos, sino «los tres hombres» (siempre son tres)? ¿Que cuando el

ministro de Sanidad mismo se siente enfermo, toma el primer avión que va hacia Nueva York para ver a un médico de verdad? ¿Que si cualquiera de los ministros del gobierno necesita atención médica acude a Nueva York para recibirla?

Menos mal que te has traído tus propios libros, y es que te resultaría imposible, sin más, ir a la biblioteca y tomar prestado alguno. Antigua solía contar con una biblioteca espléndida, pero el edificio resultó dañado durante El Terremoto (todo el mundo se refiere a ese suceso de esta manera: El Terremoto; los antiguos, yo entre ellos, sabemos valorar las cosas en su justa medida, cuanto más importantes son, menos importancia les damos). Esto sucedió en

1974, y poco después colocaron un letrero a la entrada del edificio en el que se leía, ESTE EDIFICIO RESULTÓ DAÑADO EN EL TERREMOTO DE 1974 Y ESTÁ PENDIENTE DE REPARACIÓN

2. Colocaron el letrero, y ahí sigue más de una década después, junto con su promesa de reparación incumplida, y quizás te parezca algo pintoresco por parte de estos isleños, esta gente descendiente de esclavos: qué percepción del tiempo más extraña tienen. PENDIENTE DE REPARACIÓN, el letrero sigue ahí después de muchos años, aunque es posible que en un mundo que tiene doce millas de largo por nueve de ancho (el tamaño de Antigua) doce años, doce minutos y doce días sean la misma

cosa. La biblioteca es uno de esos magníficos edificios antiguos de tiempos coloniales, el letrero que anuncia las reparaciones es un magnífico letrero antiguo de tiempos coloniales. Poco después del Terremoto, Antigua obtuvo la independencia de Gran Bretaña, pasó a ser un estado por derecho propio, y los antiguos están tan orgullosos de ello que todos los años, para conmemorar la fecha, van a la iglesia y dan gracias a Dios, un Dios británico, para el caso

3. En cualquier caso, no se te ocurra pensar en la confusión que debe reinar en todo eso y más te vale olvidar la biblioteca dañada. Has traído tus propios libros y entre ellos figura uno de esos nuevos libros de historia económica, uno

de esos libros que explican la manera en que Occidente (es decir, Europa y Norteamérica, una vez conquistada y colonizada por los europeos) se hizo rico: Occidente no se enriqueció gracias a la mano de obra libre (en este caso, libre equivale a libre de contraprestaciones) e infravalorada, durante generaciones, compuesta por gente como yo, a la que ves caminando a tu alrededor en Antigua, sino gracias al ingenio de los pequeños tenderos de Sheffield, Yorkshire y Lancashire, o de donde sea. ¡Menuda importancia tuvo en todo esto la invención del reloj de pulsera! En efecto, no hubo nada imposible para los hombres de noble corazón una vez que descubrieron que podían enganchar el tiempo a sus muñecas de esa manera tan sencilla (¿no es esto el

colmo? No solamente tuvimos que sufrir las atrocidades del esclavismo, sino que nos han quitado la satisfacción de poder decir: «Os enriquecisteis gracias a nosotros, ¡hijos de puta!»), así que más te vale que ese ligero sentimiento extraño que sueles tener de vez en cuando sobre la explotación, la opresión y la dominación, no se convierta en una total sensación de incomodidad y malestar, pues te arruinaría las vacaciones. Esta gente no es responsable de lo que tienes; no les debes nada; al contrario, les has hecho un gran favor, les puedes dar cientos de ejemplos. Efectivamente, en estos momentos pasas junto al edificio del Gobierno. Y ahora mismo, junto al edificio donde se hallan las dependencias del primer ministro y el edificio del Parlamento, y encima de estos

edificios y gozando de una vista espléndida de la bahía de St. John's, la Embajada norteamericana. Si no fuera por ti, esta gente no tendría edificio del Gobierno, dependencias del primer ministro, Parlamento, embajada de un país poderoso. Ahora pasas junto a una mansión, una casa extraordinaria pintada del color de vieja caca de vaca, que tiene más antenas que las que se ven incluso en la Embajada norteamericana. Esta casa pertenece a una familia de comerciantes que se trasladó a Antigua hace menos de veinte años, procedente de Oriente Medio. Cuando los miembros de esta familia vinieron a Antigua por primera vez, vendían productos textiles que acarreaban en una maleta colgada de la espalda. Ahora son dueños de gran parte

de Antigua; suelen prestar dinero al gobierno, construyen edificios de cemento enormes (tratándose de Antigua) y feos (tratándose de Antigua) en la capital de Antigua, St. John's, que a su vez el gobierno alquila por enormes sumas de dinero; un miembro de su familia es el embajador de Antigua en Siria; los antiguanos les odian. No lejos de esta mansión se levanta otra, residencia de un traficante de drogas. Todo el mundo sabe que es traficante de drogas, y si se da el caso de que cuando pasas con el taxi junto a su mansión, el hombre salga al exterior, es posible que el taxista te señale lo famoso que es, puesto que este traficante de drogas es tan rico que se dice que compra los automóviles por decenas -diez de esta marca, diez de la otra- y que se ha

comprado una casa (otra mansión) cerca de Cinco Islas, con todo lo que había en su interior, pagándola al contado con el dinero que llevaba en la maleta: trescientos cincuenta mil dólares de los Estados Unidos, y encima, para sorpresa del vendedor, había montones de dólares de sobra. Más arriba de la mansión del traficante de drogas hay otra mansión, a la que se llega por la carretera mejor asfaltada de todas las que hay en Antigua, mejor incluso que la carretera que se asfaltó para la visita de la reina en 1985 (cuando vino la reina, se asfaltaron todas las carreteras sobre las que iba a circular su automóvil, de manera que al marcharse tuviera la impresión de que conducir en Antigua era una experiencia agradable). En esta mansión vive una mujer a la que la

gente sofisticada de Antigua llama Evita. Es una mujer famosa; joven y hermosa, novia de algún alto cargo del gobierno. Evita es famosa porque gracias a su relación con este alto cargo gubernamental se ha convertido en propietaria de tiendas y de bienes inmobiliarios, y ha adquirido cierta voz en las reuniones ministeriales, además de todos los privilegios que ese tipo de relaciones suelen conceder a las mujeres jóvenes y hermosas.

¡Vaya! Al final te has cansado de tanto mirar, y quieres llegar a tu lugar de destino: el hotel, la habitación. Tienes ganas de refrescarte; de probar esa excelente langosta, algún succulento plato local. Te das un baño, te cepillas los dientes. Te vuelves a vestir; al vestirte,

miras por la ventana. Ese agua marina... ¿Has visto alguna vez algo parecido? A lo lejos, hacia el horizonte, el color del mar es azul marino; más cerca, tiene el color del cielo norteamericano. Desde esa zona hasta la costa, el agua es pálida, plateada, clara, tan clara que se puede ver el fondo arenoso de color rosáceo y blanquecino. ¡Oh, qué belleza! ¡Qué belleza! Nunca has visto algo parecido. Estás entusiasmado. Respiras superficialmente. Respiras hondo. Ves un lindo muchacho deslizándose por el agua, en actitud olímpica, sobre una tabla de windsurf. Ves una mujer increíblemente gorda y fea, la piel del color de la masa de repostería, disfrutando del paseo por la hermosa playa, acompañada de un hombre increíblemente gordo y feo, la piel del

color de la masa de repostería; ves cómo disfrutan del paisaje que los rodea. Sigues de pie, mirando por la ventana, y te imaginas tendido en la playa, gozando de ese sol increíble (un sol tan fuerte y bello a la vez, que siempre permanece en lo alto como si estuviera constantemente de guardia, dispuesto a aplastar cualquier nube que se atreviera a oscurecerlo y a descargar su lluvia sobre ti para arruinar las vacaciones; un sol que se constituye en amigo personal tuyo). Te imaginas dando un paseo por la playa, conociendo a gente nueva (nueva en un sentido muy limitado, puesto que se trata de gente como tú). Te imaginas probando la deliciosa comida que preparan con productos del país. Te imaginas, te imaginas... Mejor que no te imagines qué

sucedió exactamente con el contenido del inodoro de tu habitación, cuando utilizaste la bomba. O adonde fue el agua de la bañera, cuando quitaste el tapón del fondo. O lo que pasó después de cepillarte los dientes. ¡Oh! Es posible que todo haya ido a parar al mar en el que estás pensando bañarte; cabe la posibilidad de que el contenido del inodoro te roce suavemente el tobillo, cuando caminas despreocupado por la orilla, pues ya ves, en Antigua no existe un sistema adecuado de tratamiento de aguas residuales. Claro que el mar Caribe es enorme y el océano Atlántico aún mayor; te sorprendería saber cuántos esclavos negros se ha tragado este océano. Cuando te sientes a saborear esa deliciosa comida, vale más que ignores

que la mayoría de los alimentos que estás comiendo los han traído en avión desde Miami. Y antes de que cargaran esos productos en Miami, ¿quién sabe de dónde procedían? Cabe suponer que procedían originariamente de un lugar como Antigua, donde se cultivaron a precio de saldo, antes de ser llevados a Miami y traídos de nuevo a Antigua. Hay mucho que contar sobre ese negocio, pero ahora mismo no tengo tiempo de entrar en detalles.

Es cierto eso que siempre habías sospechado que te iba a ocurrir en cuanto te convirtieras en turista: un turista es un ser humano de apariencia desagradable. No eres una persona desagradable todo el tiempo; normalmente no eres

desagradable; no lo eres, por ejemplo, en tu existencia cotidiana. En tu existencia cotidiana, eres una persona agradable. En tu existencia cotidiana, todas esas personas que tendrían que quererte, por lo general te quieren. En tu existencia cotidiana, cuando caminas por una calle concurrida de esa ciudad tan grande, moderna y próspera en la que vives y trabajas, consternado, perplejo, (vaya tópico, pero es que sólo se te puede describir a base de tópicos) por lo solo que te sientes en medio de esa multitud, lo terrible que es pasar desapercibido, lo terrible que es no sentirse amado, aun cuando estás rodeado por más gente de la que pudieras conocer en mil años de existencia, entonces, por el rabillo del ojo ves que alguien te observa y se le

ensancha la cara de placer, te das cuenta de que no tienes un aspecto tan asqueroso como el que te imaginas (te lo acaba de confirmar esa mirada). Así, normalmente, eres una persona agradable, atractiva, capaz de atraer hacia sí el afecto de otras personas (personas como tú), alguien que se siente cómodo consigo mismo (más o menos; es decir, en cierto modo; lo que quiero decir es que te resulta natural estar consternado y perplejo, porque la gente como tú aparentemente es así, y muchas de las cosas que ese tipo de gente encuentra admirables en sí misma -las cosas en las que piensas, las cosas que crees que realmente te describen- al parecer tienen su origen en estos sentimientos): eres una persona que se siente a gusto en su propio hogar (con

todos esos bonitos objetos que lo decoran), acompañado de su lindo jardín (con todos esos bonitos objetos que lo decoran), se siente a gusto en su propia calle, en su iglesia, en sus actividades comunitarias, en su trabajo y con su familia, parientes, amigos, eres una persona cabal. Pero un día, sentado en algún rincón, solo entre la multitud, te invade ese sentimiento horrible de estar fuera de lugar y ciertamente, como persona del montón que eres, careces de los medios necesarios para ver profundamente en tu interior y hacer un balance de lo que te pasa, ya que ser una persona del montón es de por sí bastante agotador, esa labor te deja extenuado, y aunque no llegan a salir de tus labios las palabras «tengo que huir», das un salto y

dejas de ser ese lindo bultito que flota estúpidamente en la bolsa amniótica de la experiencia moderna, para convertirte en una persona que visita montones de ruinas y lugares donde abundan los muertos, y se siente viva e inspirada ante esa visión; te conviertes en una persona que yace en una playa remota, el cuerpo inmóvil refulgiendo en la arena y despidiendo mal olor, como un objeto olvidado que recordamos de repente, pero que no es tan importante como para ir a recogerlo; una persona que se maravilla de lo armoniosas (normalmente, emplearías la palabra atrasadas) que resultan esas otras personas (son otras, no hay duda) en relación con la naturaleza, y de lo unidas que están a ella. Y observas las cosas que son capaces de hacer con un trozo de tela

corriente, las cosas que fabrican utilizando un bramante barato, de un color vulgar (para ti), la manera en que se agachan junto a un agujero que han hecho en el suelo, el mismo agujero es algo maravilloso, y como en este momento eres una persona desagradable, te henchirás de gozo al ocurrírsete esta idea desagradable: sus antepasados no fueron tan inteligentes como los tuyos, ni tan despiadados, puesto que de otro modo, ¿no serías tú quien se hallara en armonía con la naturaleza haciendo gala de un atraso tan encantador? Desagradable, eso es lo que eres cuando te transformas en turista, un ser vacío y desagradable, estúpido, una mierdecilla que se para aquí y allá para contemplar esto y degustar lo otro, y nunca se te ocurre pensar que la

gente que vive en el lugar en el que te acabas de parar no te aguanta, que tras los muros de sus casas se ríen de lo raro que eres (no te parecen a ellos); les desagrada tu aspecto físico; eres maleducado (tienen por costumbre comer con las manos; si tratas de comer a su manera, haces el tonto; si tratas de comer de la manera en que siempre comes, también); les desagrada tu manera de hablar (hablas con acento); se parten de risa, imitando la manera en que llevas a cabo alguna de tus funciones corporales cotidianas, tal como se la imaginan. Les resultas desagradable. ¡Les resulto desagradable*. A decir verdad, nunca se te ocurre pensar eso. Y aun así, te sientes un poco incómodo, un poco tonto, un poco fuera de lugar. Sin embargo, esa existencia tan banal que

llevas te resulta muy real; gracias a ella has llegado a este lugar, y pasas el día y la noche en compañía de gente que te desprecia, gente que en realidad no te cae bien, personas a las que no te gustaría tener como vecinos de verdad. Así, debes tratar de entender cuánto de lo que te han contado es realmente verdad (¿es verdad que por estos pagos se considera exquisito el polvillo triturado del cristal de una botella mezclado con salsa de cacahuete, o simplemente tendrá el efecto que piensas que debe tener el polvillo triturado del cristal de botella? ¿Es verdad que este extraño pez multicolor de hocico pronunciado tiene efectos afrodisíacos o hará que te duermas para siempre?). ¡Ay, cuánto trabajo da todo esto! ¿Es extraño, pues, que al regresar a

casa necesites un largo descanso para poder recuperarte de la vida de turista?

No es difícil de explicar el hecho de que a los habitantes del país les desagraden los turistas. Y es que todo habitante de cualquier país es un turista en potencia, y todo turista, habitante de algún país. Los habitantes del país viven una vida insulsa y aburrida, desesperante y deprimente, que les supera y aplasta, y todas sus acciones, tanto las buenas como las malas, tienen por fin hacerles olvidar esa clase de vida. A los habitantes del país les gustaría encontrar la manera de escaparse, descansar, darse una vuelta por ahí. Pero algunos de ellos -la mayoría- no pueden ir a ninguna parte. Son demasiado pobres, demasiado pobres para ir a ninguna parte. Demasiado pobres para

escaparse de la realidad de sus vidas; para vivir decentemente en el lugar en el que viven, lugar al que tú, el turista, quiere ir. Así que cuando los habitantes del país te ven a ti, al turista, te envidian, envidian el hecho de que puedas abandonar tu propia banalidad y aburrimiento, el hecho de que puedas convertir su propia banalidad y aburrimiento en fuente de placer propio.

II

La Antigua que yo conocí, la Antigua en la que crecí, no es la Antigua que tú, querido turista, verás actualmente. Esa Antigua ya no existe. Esa Antigua ha dejado de existir, en parte por la razón de costumbre, el paso del tiempo, en parte debido a que la malvada gente que solía gobernarla, los ingleses, ha dejado de hacerlo

⁴. (Al fin y al cabo, los ingleses han pasado a ser una gente que da pena hoy en día, que no sabe muy bien qué hacer consigo mismo, ahora que ya no tienen a la cuarta parte de la población del planeta haciéndoles reverencias y arrastrándose

ante ellos. Parece que no se enteran de que ese asunto del imperio fue una gran injusticia y, como mínimo, deberían darse golpes en el pecho como penitencia por las injusticias cometidas, lo irrevocable de sus malvadas acciones, ya que ningún desastre natural imaginable podría igualar el daño que hicieron. Es posible que incluso la muerte hubiera sido mejor. Así que todo ese alboroto montado en torno al imperio -qué errores se cometieron en este país, qué errores se cometieron en aquel otro- siempre me saca de quicio, puesto que yo ya les puedo decir qué errores se cometieron: nunca debieron de haber abandonado su país, su preciosa Inglaterra, lugar que tanto amaban y que tenían que abandonar, pero que nunca podrían olvidar. Así que allá donde iban,

convertían todos los lugares en Inglaterra; y quienquiera que conocieran lo convertían en inglés. Sin embargo, ningún lugar podía ser verdaderamente Inglaterra, y nadie que no se pareciera exactamente a ellos podía ser inglés, o sea que puedes hacerte una idea de la destrucción de pueblos y tierras que eso trajo consigo. Los ingleses se odian entre sí y odian Inglaterra, y la razón por la que están tan abatidos actualmente es que no tienen adonde ir ni nadie que les haga sentirse superiores). Con todo, déjame que te enseñe la Antigua que yo conocí.

En la Antigua que yo conocí, vivíamos en una calle que tenía el nombre de un criminal inglés perteneciente a la Marina, Horacio Nelson

5. Las demás calles de nuestro vecindario tenían el nombre de otros criminales ingleses pertenecientes a la Marina. A saber, Rodney Street, Hood Street, Hawkins Street y Drake Street. East Street estaba flanqueada por árboles florecientes y de caoba. La mansión del gobernador, el lugar en el que vivía el gobernador, la persona que representaba a la Reina, se hallaba en East Street. La mansión del gobernador estaba rodeada de un alto muro -prueba de lo acobardados que estábamos, nadie escribió una palabra malsonante en el muro; siempre se mantuvo limpio, blanco y alto-. (Una vez estuve parada varias horas bajo un sol de justicia a fin de poder contemplar a una princesa inglesa de cara blancuzca que desapareció por

entre los muros de esa mansión. Yo tenía siete años en aquella época y me dije, tiene la cara blancuzca). En la parte baja de High Street se hallaba la biblioteca, encima del departamento del Tesoro, y en esa zona tenían lugar todos los asuntos relativos al gobierno colonial. En ese rincón de High Street se podía hacer efectivo un cheque en el departamento del Tesoro, leer un libro en la biblioteca, depositar una carta en la oficina de correos, presentarse ante un juez de los tribunales. (Como estábamos gobernados por los ingleses, también teníamos sus leyes. Había una ley contra el uso del lenguaje soez. Ya te imaginarás qué pero tenía ese tipo de ley entre aquella gente, para quien dar el espectáculo al hablar lo es todo. Cuando los habitantes de las

Indias Occidentales se trasladaban a Inglaterra, la Policía inglesa tenía que agenciarse un glosario de las palabras malsonantes utilizadas en dicha región para saber si estaba ante un caso de lenguaje soez). En ese mismo rincón de High Street se podía conseguir un pasaporte en otra oficina gubernamental. En mitad de High Street se hallaba la banca Barclays. Los hermanos Barclay, fundadores de la banca Barclays, eran tratantes de esclavos. Así se enriquecieron. Cuando los ingleses prohibieron el tráfico de esclavos, los hermanos Barclay se convirtieron en banqueros y se enriquecieron aún más. Es posible que al darse cuenta de lo ricos que se habían hecho gracias a las actividades bancarias, se dieran de

bofetadas por haberse opuesto a la abolición del tráfico de esclavos (pues seguramente se opusieron a ella), aunque quizás fueran unos visionarios y es posible que se hubieran movilizado para lograr la abolición de la esclavitud, puesto que hay que ver cómo se enriquecieron gracias a sus bancos tomando dinero prestado de los descendientes de los esclavos (por medio de sus ahorros) para volver a prestárselo a continuación. Y aun así, las personas un poco mayores que yo son capaces de citar el nombre de la primera persona de raza negra que fue contratada como cajero de esta misma banca Barclays en Antigua, así como el día en que esto sucedió. ¿Te has preguntado alguna vez por qué alguna gente saca las cosas de quicio? Me

imagino que si mi vida hubiera tomado otro rumbo, me habría topado con la banca Barclays y habríamos acabado los dos reducidos a cenizas. ¿Has tratado de entender alguna vez por qué la gente como yo no puede superar el pasado, es incapaz de perdonar y olvidar? Está el caso de la banca Barclays. Los hermanos Barclay están muertos. Los seres humanos con los que comerciaban, los seres humanos que para ellos no eran sino mercancías, están muertos. No deberían haber tenido todos el mismo fin, pues ni el cielo es suficiente recompensa para unos, ni el infierno suficiente castigo para los otros. A los que les preocupa este tipo de cosas creen que toda mala acción, incluso todo mal pensamiento, trae consigo su propio castigo. ¿Te das cuenta de lo rara que

resulta la gente como yo? Ya ves, a veces nosotros sufrimos el castigo que os corresponde sufrir a vosotros.

Luego había otro lugar llamado el club Mili Reef. Lo construyó cierta gente procedente de Norteamérica deseosa de vivir en Antigua y de pasar sus vacaciones en el país, pero a la que aparentemente no le gustaban los antiguos (de raza negra) en absoluto, puesto que el club Mili Reef se consideraba estrictamente privado, y los únicos antiguos (de raza negra) a los que se les permitía la entrada eran los del personal de servicio. La gente de la isla puede recitar el nombre del primer antiguo (de raza negra) que comió un sándwich en la casa del club y el día en que esto sucedió; igualmente, puede

recitar el nombre del primer antiguano (de raza negra) que jugó al golf en el campo del club y el día en que dicho acontecimiento tuvo lugar. En aquellos días, los antiguanos pensábamos que la gente del club Mili Reef era muy maleducada, igual que los cerdos; se comportaba de mala manera, igual que los cerdos. Ahí los tenías, extranjeros que vivían en casa ajena, y aun así se negaban a dirigir la palabra a sus anfitriones o a tener ningún tipo de relación humana o íntima con ellos. Me parece que concedían una beca a uno o dos estudiantes aventajados todos los años, para que pudieran ir a estudiar al extranjero; creo que solían dar dinero para actividades caritativas relacionadas con la infancia; gracias a este tipo de

cosas se debían sentir grandiosos y magnánimos, pero para nosotros no eran sino cerdos que vivían en aquella porqueriza (el club Mili Reef). ¿Qué hacía esa gente originaria de Norteamérica, Inglaterra, Europa, tan maleducada, en esta pequeña isla? Disfrutaban tanto de su mala educación que parecía que obtenían un placer inconmensurable al no comportarse como seres humanos. Te voy a contar el caso de un hombre que había recibido una formación de dentista: se le ocurrió decir que era un doctor especializado en pediatría. Nadie lo puso en duda; desde luego, los antiguos no dudamos de ello. Vino a Antigua en calidad de refugiado político (huyendo de Hitler) procedente de Checoslovaquia. Ese hombre nos

odiaba tanto que enviaba a su esposa a examinarnos antes de admitirnos en su presencia. Su esposa se aseguraba de que no olieramos mal, no tuviéramos las uñas llenas de porquería, y no hubiera nada más en nuestra persona -aparte del color de la piel- que pudiera ofender al doctor. (Recuerdo que una vez tenía la tos ferina y mi estado había empeorado; pues bien, mi madre, antes de abrigarme para llevarme a ver a ese hombre, me examinó cuidadosamente para asegurarse de que no tenía ningún mal olor ni ninguna porquería entre los pliegues del cuello, detrás de las orejas o en cualquier otra parte. Mi madre se sabía de memoria todas las terribles desgracias que podía ocasionar una mosca común y en su inocencia creía que ella y el doctor compartían la misma obsesión

insana por los microbios). También estaba la directora de un colegio de señoritas, contratada por medio de la oficina colonial de Inglaterra y enviada a Antigua a dirigir un colegio en el que únicamente en mis tiempos comenzaron a aceptar niñas nacidas fuera del matrimonio; a nadie se le ocurrió en Antigua que aquélla era una manera de impedir que las niñas de raza negra ingresaran en el colegio. Era una mujer de veintiséis años, recién salida de la universidad, procedía de Irlanda del Norte, y una y otra vez les decía a aquellas niñas que dejaran de portarse como si fueran monos recién salidos del árbol. A nadie se le pasó por la imaginación que la palabra adecuada para ese tipo de cosas era racismo. Nos

parecía que esa gente era muy maleducada y nos sorprendía su comportamiento, puesto que se hallaban muy lejos de su hogar, y creíamos que cuanto más alejado está uno del hogar, mejor debería comportarse. (Esto se debe a que si uno se mete en un lío por haberse portado mal, tiene cerca a la familia, que va a defenderlo). Nos parecía que no se comportaban como creyentes; que eran estrechos de miras; que eran como animales, inferiores al género humano, tal y como nosotros entendíamos dicho género. Nos sentíamos superiores a toda esa gente; creíamos que quizás aquellos ingleses que se portaban tan mal no eran ingleses en absoluto, puesto que se tenía a los ingleses por civilizados y aquella conducta era bastante más parecida a la

de los animales, justo lo que habíamos sido nosotros antes de que los ingleses nos redimieran, creíamos que quizás no procedían de ninguna manera de la verdadera Inglaterra, sino de otra Inglaterra que no conocíamos muy bien, en absoluto procedían de la Inglaterra de la que nos habían hablado, la Inglaterra de la que nunca podríamos ser originarios, la Inglaterra que se hallaba tan lejos, tan lejos que ni siquiera podríamos llegar a ella en barco, la Inglaterra a la que, hiciéramos lo que hiciéramos, nunca podríamos pertenecer. Nos sentíamos superiores, puesto que nos comportábamos con mucho más decoro y estábamos llenos de gracia, mientras que aquella gente se portaba muy maleducadamente y carecía absolutamente

de gracia. (Por supuesto, ahora me doy cuenta de que el buen comportamiento es la actitud que corresponde al débil, al niño). Nos enseñaron los nombres de los reyes de Inglaterra. En Antigua, el veinticuatro de mayo era fiesta: el cumpleaños de la Reina Victoria. No se nos ocurría decir, ¿no ha estado muerta durante años y años esa persona tan desagradable? En cambio, nos alegrábamos de que fuera un día festivo. Una vez, en una cena (esto ha sucedido durante mi vida reciente), me hallaba sentada frente a un inglés, uno de esos tipos inteligentes que saben cómo dirigir las cosas que Inglaterra todavía produce, pero que, desde la caída del imperio, no tienen nada que hacer; ¡qué pinta más triste tienen, sentados encima del montón

de ruinas de la historia! Me hallaba enumerando la letanía habitual de quejas contra Inglaterra y los ingleses, y para redondear la cuenta, dije: «¿Sabe usted que teníamos que celebrar el cumpleaños de la Reina Victoria?». Pues bien, aquel señor me dijo que todos los años, en la escuela inglesa a la que él asistía, conmemoraban el día en que falleció la reina. Yo le contesté: «Bien, aparte de que era algo suyo y de que resultaba adecuada cualquier cosa que hicieran con respecto a ella, por lo menos sabían que había muerto». Eso era Inglaterra para nosotros, la Reina Victoria y el glorioso día en que vino al mundo, un lugar hermoso y lleno de dicha, del mismo modo que ella era una persona viva y llena de dicha, y no los individuos feos y

cochinos que conocíamos. No sabes lo furiosa que me pongo cuando oigo mencionar a los norteamericanos lo mucho que aman Inglaterra, lo hermosa que es, gracias a sus tradiciones. Lo único que ven es a una antigualla llena de arrugas que pasa en carruaje saludando a la multitud. En cambio, lo que yo veo es a millones de personas, de las cuales soy una más, que han quedado huérfanas: sin patria, sin dios, sin un pedazo de tierra que venerar, sin ese amor que lo supera todo y que da lugar a esas cosas que da lugar un amor que lo supera todo, y lo peor y más doloroso de todo, sin lengua

6. ¿No resulta extraño que el único idioma que hablo sea el del criminal que ha cometido el crimen? ¿Cuál es el

verdadero significado de todo esto? Porque en el idioma del criminal únicamente se halla presente la bondad de sus actos. Al utilizar ese idioma, el criminal explica y expresa sus acciones únicamente desde su perspectiva. En dicho idioma no se hallan presente el horror y la injusticia de sus acciones, ni el dolor y la humillación que nos ha infligido. Cuando se le dice al criminal, «esto es injusto, injusto, injusto» o «lo que has hecho está mal, eso otro también y aquello está muy, pero que muy mal», así entiende el criminal la palabra «injusto»: es algo injusto cuando no obtiene la parte que le corresponde del crimen que acaba de cometer; por otra parte, así entiende la palabra «mal»: un criminal compañero suyo ha traicionado su confianza. Por eso,

cuando digo, «estoy llena de rabia» el criminal pregunta, «¿por qué?». Y cuando saco las cosas de quicio y le hago la vida imposible (¿acaso no resulta mi vida imposible de vivir?), el criminal se horroriza y se sorprende. Con todo, nada puede suprimir mi rabia -ni las disculpas por lo acontecido, ni una gran suma de dinero, ni la muerte del criminal- puesto que ese entuerto no puede deshacerse, y únicamente podría calmarme lo imposible: ¿es posible hallar la manera de que no haya sucedido lo que ha sucedido? Fíjate en la prolongada visita que llevo haciendo al conducto de la bilis, en lo amarga y atrabiliaria que me pongo al pararme a pensar en estas cosas. Acudí a una escuela que tenía el nombre de una princesa de Inglaterra. Muchos años

después, leo en algún sitio que esa princesa hizo un viaje a las Indias Occidentales (en el que se incluía Antigua, en ese viaje dedicó su nombre a la escuela) porque se había enamorado de un hombre casado, y como no podía casarse con un divorciado, la enviaron a que nos visitara para que olvidara aquella aventura. Recuerdo perfectamente que todo Antigua se echó a la calle para ver a esa princesa, se repararon y pintaron todos los edificios en los que iba a entrar, de manera que parecieran nuevos, todas las playas en las que iba a tomar el sol tenían que parecer como si nadie las hubiera utilizado anteriormente (me pregunto qué es lo que hicieron con el pobre mar, es decir, ¿es posible lograr que el mar parezca nuevo y flamante?), y

todas las personas que conoció durante su estancia eran de lo mejorcito que había en Antigua; nadie nos dijo que esa persona por la que nos tomábamos tantas y tan grandes molestias, esa persona por la que nos poníamos como locos, como si fuera Dios mismo, se hallaba entre nosotros por culpa de algo vulgar y corriente: la vida no le iba como esperaba, se hallaba metida en un buen lío. ¿Te he dado la impresión de que la Antigua en la que crecí giraba casi por completo en torno a Inglaterra? Pues, bien, así era. Conocí el mundo a través de Inglaterra, y si el mundo tenía interés en conocerme, tendría que hacerlo a través de ese país.

Quizás te preguntes a ti misma: «¿Es que no puede superarlo? Todo eso

sucedió hace mucho tiempo. Además, ¿cómo sabe que de haberse producido lo contrario, sus antepasados no se hubieran comportado de esa manera tan vil? Al fin y al cabo, ¿no se comporta todo el mundo vilmente, de presentarse la oportunidad?».

La idea que teníamos de Antigua -la idea que teníamos de este lugar gobernado por esa gente tan malvada- no tenía nada que ver con la política. Los ingleses eran maleducados, pero no eran racistas; la directora del colegio de señoritas era bastante maleducada, pero no racista; el doctor estaba loco -ni siquiera hablaba inglés correctamente y procedía de un lugar de nombre extraño-, pero tampoco era racista; la gente del club Mili Reef era desconcertante (¿a santo de qué venían a vivir a un lugar poblado en su mayoría

por gente a la que no podían aguantar?), pero no era racista.

¿Te has preguntado alguna vez por qué, al parecer, lo único que la gente como yo ha aprendido de vosotros es a encarcelarse y matarse unos a otros, gobernar malamente la nación y sacar las riquezas del país para depositarlas en una cuenta bancada suiza? ¿Te has preguntado alguna vez por qué, al parecer, lo único que hemos aprendido de vosotros es a corromper nuestras sociedades y comportarnos como tiranos? Convendrás conmigo en que en gran parte es culpa vuestra. Déjame que te explique qué impresión nos causasteis. Vinisteis a nuestro país. Os apropiasteis de cosas que no eran vuestras y ni siquiera os

molestasteis en pedir las primero, para guardar las apariencias. Podríais haber preguntado, «¿puedo quedarme con esto, por favor?» y aunque hubiera estado claro para todo el mundo que no tenía ninguna importancia que respondiéramos afirmativa o negativamente, hubierais dado una impresión bastante mejor de la que disteis. Créeme, todo habría resultado muy distinto. Entonces, tendría que haber admitido que al menos erais educados. Matasteis a las personas, las encarcelasteis, les robasteis. Creasteis vuestros propios bancos e ingresasteis nuestro dinero en ellos. Las cuentas estaban a nombre vuestro, al igual que los bancos. Seguro que había buena gente entre vosotros, pero esa gente se quedó en su país. Ésa es la cuestión. Por eso es

buena gente, porque se quedó en su país. Con todo, cuando te paras a pensar en ello, te pones un poco triste. Por fin, tras años y años de agitación, la gente como yo se puso a lanzar discursos emotivos y elocuentes contra los errores de vuestra dominación y, por fin, después de que aparecieran los cadáveres mutilados de tu persona, tu esposa e hijos en el lindo y amplio bungalow que teníais al borde de tu plantación de caucho -los halló uno de tus numerosos sirvientes (nunca te perteneció ninguno de ellos; jamás fueron tuyos)-vienes y me dices, «muy bien, yo me lavo las manos, no tengo nada que ver con vosotros, ahora mismo me marchó» y te vas, y contemplas desde lejos cómo nos hacemos a nosotros mismos lo mismo que nos solíais hacer vosotros. Quizás te

parezca que había cosas más importantes para ti, que habías llegado a comprender el verdadero significado de la Ilustración (aunque, tal y como lo veo, no te había servido de mucho); te encantaban los conocimientos y allá donde ibas, te asegurabas de que se construyera una escuela, una biblioteca (claro, en estos dos lugares te encargabas de deformar o suprimir nuestra historia y de glorificar la tuya propia). Pero mientras observas el desastre en que se ha convertido mi existencia actual, la absoluta ruina que tengo por vida, quizás recuerdes que siempre te había parecido que la gente como yo es incapaz de hacer que las cosas funcionen como es debido, la gente como yo nunca llegará a comprender la noción de Producto Nacional Bruto, nunca llegará

a controlar las técnicas que domina la mente más simple de entre las vuestras, nunca entenderá el concepto del imperio de la ley, la gente como yo no tiene capacidad de abstracción, no puede ser objetiva, puesto que todo se lo toma como algo personal. Te olvidas de que todo este sistema es en gran parte invento vuestro, la burocracia es una de vuestras invenciones, el Producto Nacional Bruto otra, y todas las leyes que conocéis os favorecen misteriosamente. ¿Sabes por qué la gente como yo se lo piensa dos veces antes de meterse en eso del capitalismo? Pues bien, se debe a que, desde que os conocemos, hemos formado parte del capital, como las balas de algodón y los sacos de azúcar, mientras que vosotros erais los crueles capitalistas

que daban órdenes, y es tan vivo ese recuerdo, tan reciente la experiencia, que somos incapaces de abrazar esa idea que tenéis en tanta estima. En cuanto a la manera en que nos comportábamos antes de conoceros, ha dejado de importarme. No me sirven de consuelo los períodos en los que mis antepasados ejercían su dominio, ni los documentos sobre intrincadas civilizaciones

7. Incluso aunque proceda realmente de un pueblo que vivía entre los árboles, como los monos, mejor hubiera sido haber seguido así en lugar de lo que ha sucedido, visto en lo que me he convertido tras haberos conocido a vosotros.

III

Así que podrás imaginarte cómo me sentí aquel día en Antigua, cuando, parada en Market Street, mirando a uno y otro lado, me hice la pregunta siguiente: ¿Es la Antigua que veo ante mí, un país independiente, un lugar peor que el que era cuando estaba dominada por los malvados ingleses y todas las malvadas cosas que trajeron consigo? ¿Cómo ha venido a parar Antigua a semejante estado de cosas para que tenga que hacerme esa pregunta? Y es que a todo antiguano le viene a los labios la misma respuesta cuando se le pregunta, «¿qué pasa en estos momentos en el país?», a saber, «el gobierno está corrompido, son unos

ladrones, unos ladrones de cuidado». Podrás imaginarte, entonces, la amargura y vergüenza que siento al contarte esto. Me hallaba en Market Street, frente a la biblioteca. ¡La biblioteca! ¿A santo de qué está la biblioteca en Market Street? me había preguntado. ¿Por qué no se repara el antiguo edificio que resultó dañado en el famoso terremoto hace años, el edificio en el que se ve un letrero que dice ESTE EDIFICIO RESULTÓ DAÑADO EN EL TERREMOTO DE 1974 Y ESTÁ PENDIENTE DE REPARACIÓN, y se vuelve a poner la biblioteca en el sitio en el que estaba? O bien, años después de que El Terremoto dañara el antiguo edificio de la biblioteca, ¿por qué no se ha construido una nueva? ¿Por qué se halla situada la

biblioteca encima de una tienda de confección, en un viejo edificio construido con cemento y de aspecto abandonado? ¡Vaya! Quizás te preguntes por qué me pongo como me pongo a cuenta de lo que ha pasado con la biblioteca, por qué creo que es un buen ejemplo de la corrupción y de lo mal que van las cosas. Sin embargo, si hubieras visto la antigua biblioteca, situada tal como se hallaba en una gran casa de madera añeja pintada en tonos amarillos y que a la gente como a mí le resulta hermosa, con su amplia terraza, sus grandes ventanas siempre abiertas, sus múltiples hileras de estanterías llenas de libros, las lindas mesas de madera y las sillas para sentarse y leer, si pudieras escuchar el sonido que transmitía su

silencio (el silencio que había en esa biblioteca era un sonido en sí mismo), el olor del mar (que se hallaba a tiro de piedra), el calor del sol (no había manera de librarse del calor en ningún edificio), la belleza de vernos sentados leyendo como comulgantes en el altar, asimilando una y otra vez el cuento de hadas en el que se narraba la manera en que os conocimos, vuestro derecho a hacer las cosas que hicisteis, lo guapos que erais, sois y siempre seréis; si de un simple vistazo pudieras ver todo eso, verías por qué se me parte el corazón al contemplar el montón de estiércol que pasa por ser la biblioteca de Antigua hoy en día. El lugar en el que se halla actualmente la biblioteca, encima de la tienda de confección, en el viejo edificio construido

en cemento y de aspecto abandonado, es demasiado pequeño para albergar todos los libros del antiguo edificio y, por tanto, la mayoría de ellos, en lugar de descansar cómodamente en sus lindas estanterías, esperando que pasemos a conocerlos en toda vuestra grandeza, están metidos en cajas de cartón y se hallan recolectando moho, polvo o echándose a perder en un trastero. En este lugar, los jóvenes bibliotecarios no encuentran lo que buscan y no sé si es debido al caos de almacenar el contenido de una biblioteca pública en cajas de cartón durante un período de tiempo prolongado o a consecuencia de la mala educación poscolonial que han recibido. (En Antigua, hoy en día la mayoría de la gente joven da la impresión de ser casi

analfabeta. En la radio, donde los jóvenes son famosos por su trabajo de presentadores de informativos, hablan inglés como si fuera su sexto idioma. Una vez asistí a una función de carnaval denominada «Desfile de adolescentes». En esa función, adolescentes de ambos sexos desfilaban en torno a un escenario montado en un estadio, cantando canciones pop -una de las canciones que más les gustaba interpretar era una horrible canción titulada *El amor más grande*- recitando poemas que habían escrito sobre la esclavitud -existe una obsesión bastante comprensible por la esclavitud- y en general haciendo el ridículo de mala manera. Lo que más me sorprendió no fue lo bien que conocían la basura que venía de Norteamérica -en

comparación con los jóvenes de mi generación, que conocían bien la basura que venía de Inglaterra-, sino, a diferencia de la gente de mi generación, lo estúpidos que parecían, lo incapaces que eran de responder de manera directa y en su idioma nativo, el inglés, a una simple pregunta acerca de ellos mismos. En mis tiempos, no se les habría permitido subirse a un escenario en la escuela, y mucho menos aparecer ante los espectadores de un estadio). La bibliotecaria jefe, la misma de la época colonial, parecía pasar el tiempo preguntándose si había alguien con el dinero o el poder necesario para ayudar a la biblioteca, disculpándose ante la gente -antiguanos de regreso al país tras una larga ausencia- que se sorprenden y se

ofenden al ver la biblioteca encima de una tienda de confección, preguntándose si por fin la gente del club Mill Reef cedería y aportaría su dinero para construir una nueva biblioteca, en lugar de aferrarse a la postura de «o se repara la antigua biblioteca o nada». (La gente del club Mill Reef ama la Antigua de antaño. Yo también amo la Antigua de antaño. Sin lugar a dudas, no tenemos en mente la misma Antigua de antaño). En mis años jóvenes, cuando me saqué el carné de lector, esa mujer era la bibliotecaria jefe. En aquellos días, parecía imperiosa y estirada, sospechaba de nosotros (en mi caso, con razón; robé muchos libros de esa biblioteca. No tenía intención de robarlos, de verdad; lo que pasa es que una vez que había leído un libro, no podía

soportar la idea de tener que desprenderme de él), segura siempre de que teníamos malas intenciones. Debía de estar muy orgullosa de su trabajo en aquella época, así como de estar asociada a semejante institución, puesto que, si la vieras en estos días, parece completamente distinta de lo que era antes. Yo solía ir a la biblioteca todos los sábados por la tarde -mi última parada antes de acabar con la lista de cosas que tenía que hacer (reservaba la visita a la biblioteca para el final, porque era lo que más me gustaba hacer)- y me sentaba a contemplar los libros y pensar en lo miserable que era (era una niña y ¿qué es un niño sino alguien que se lo tiene muy creído?), a quién quería, a quién no quería, quien me gustaba sin más, etc.

Creo que antes de cumplir los nueve años ya me había leído todos los libros de la sección infantil (era una colección muy reducida), así que tuve que utilizar el carné de mi madre para tomar prestados libros de la sección de adultos. Esta bibliotecaria que supervisa la vergonzosa situación en que se encuentra actualmente la biblioteca es la misma que solía vigilarme estrechamente, tratando de asegurarse de que no abandonaba la biblioteca llevándome más libros de los que me estaban permitidos, y de que no me los llevaba con el resultado de que nadie volvería a verlos en una biblioteca, a excepción de la mía propia. Esta mujer no me quitaba el ojo de encima, asegurándose de que no salía de la biblioteca llevándome los libros

apretados estrechamente entre las piernas (vaya truco, pensé) o en la canasta de la compra. ¿Te das cuenta nuevamente por qué la biblioteca significa algo especial para mí, por qué me pongo triste cuando la veo reducida a su presente condición? Y es que en el momento en que me hallaba en Market Street, echando un vistazo a esa cosa que llaman biblioteca, el edificio antiguo en el que solía hallarse la biblioteca estaba ocupado por una compañía de carnaval, a la que servía de cuartel general. El tema de la compañía era «Los ángeles del Reino», y me parecía que algo había en ello que merecía la pena tener en cuenta, algo no intencionado, un no sé qué, una especie de «los ángeles del Reino de la Inocencia» o algo así. (Supongo que tenía sentido que

una iniciativa del campo de la cultura ocupara un edificio que solía albergar una iniciativa del campo de la educación, puesto que en Antigua el ministro de Educación es también ministro de Cultura). El lugar en el que solían estar las estanterías de libros, en el que solían estar las mesas y sillas de madera, en el que se podía escuchar el sonido del silencio, desde el que se distinguía el olor del mar, y en el que solía hallarse cada cosa, estaba ocupado por vestidos: los vestidos de los ángeles del reino. Algunos de los vestidos correspondían a los ángeles antes de producirse la Caída, otros eran para los ángeles después de la Caída; los mejores eran los que representaban a los ángeles después de la Caída. ¿En qué clase de lugar se ha

convertido Antigua que la gente del club Mill Reef puede dar su opinión sobre un asunto? Bastante desagradable es que puedan seguir viviendo en Antigua de la manera en que lo hacen. A continuación, fui a ver a una mujer cuya familia había contribuido a fundar el club Mill Reef. Me habían hablado de ella como de una persona que se mostraba muy activa a la hora de conseguir que se restaurara la antigua biblioteca. Conocía de oídas a esta mujer, pues tiene fama de que únicamente le gustan los antiguos que trabajan de sirvientes. Cuando le mencioné la biblioteca, lo primero que me dijo fue que siempre animaba a sus chicas y los hijos de sus chicas a que utilizaran la biblioteca; por sus chicas se refería a antiguanas hechas y derechas (no muy

distintas de mí) que trabajaban de costureras y vendedoras en su tienda de regalos. Después me dijo lo que tarde o temprano dice todo el mundo en Antigua: el gobierno está corrompido; cualquier persona del mundo puede venir a Antigua y obtener lo que quiera a cambio de cierta suma de dinero. Entonces me pregunté a mí misma, ¿qué debería sentir acerca de la gente que me ha sustraído el derecho a responder a esta mujer? En efecto, me daba cuenta del placer que ella tenía en señalarme la cloaca en la que se había zambullido una Antigua que se gobernaba a sí misma -mediante un gobierno de negros-. En cualquier caso, esta mujer y sus amigos del club Mill Reef querían restaurar la antigua biblioteca, pero me dijo que no sabía si podrían hacerlo,

puesto que aquella parte de St. John's estaba destinada a urbanizarse y llenarse de pequeñas tiendas -bouti-ques- para que cuando llegaran los turistas, pudieran comprar todas esas horribles cosas que suelen comprar, esas horribles cosas que se llevan a su casa, amontonan en el ático y sus hijos tienen que arrojar a la basura cuando, por fin, los turistas fallecen. Oí decir a mucha gente que la persona que quería urbanizar esa parte de St. John's era un extranjero cuya búsqueda habían decretado en el lejano Oriente tras haber estafado a un gobierno y haberse apropiado de las ganancias derivadas del petróleo, un hombre de tan mala fama que en sus viajes no puede utilizar el pasaporte del país del que es ciudadano, sino un pasaporte diplomático expedido

por el gobierno de Antigua. Se me ocurrió, entonces, que debería preguntar por la biblioteca al ministro de Educación. Estoy segura de que el ministro me habría explicado satisfactoriamente los motivos por los que durante tantos años esta isla, cuyo lema de la Independencia es «Un pueblo que modelar, una nación que construir» carece de una biblioteca decente, pero en el momento en el que quería hacerle esa pregunta se hallaba en Trinidad asistiendo a un partido de cricket, acto de asistencia obligada para él, puesto que no solamente es ministro de Educación y Cultura, sino también de Deportes

8. En Antigua, el cricket es deporte y cultura. (Te voy a decir una cosa sobre

los ministerios de cultura: en los países en que hay Ministerio de Cultura, se da el caso de que no hay cultura. ¿Cuándo has oído hablar de alguna cultura que haya surgido al amparo de un Ministerio de Cultura? Los países que tienen Ministerio de Cultura deben de ser parecidos a los que celebran el Fin de Semana de la Libertad. ¿Te acuerdas del Fin de Semana de la Libertad? En la semana previa a dicho fin de semana, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos dictó una sentencia por la que la gente corriente y mayor de edad no podía hacer lo que le apeteciera dentro de los límites de su propio dormitorio. Se me ocurrió pensar que la gente a la que se le había ocurrido la idea de celebrar el Fin de Semana de la Libertad estaría tan avergonzada de la

forma en que se había repudiado la libertad que suspendería todos los actos. Pues bien, al contrario; se celebró el Fin de Semana de la Libertad en un país en el que había menos libertades que las que solía haber anteriormente. En los países que carecen de cultura o tienen miedo a carecer de cultura, existe un Ministerio de Cultura. ¿Qué es la cultura, en cualquier caso? En algunos lugares, es la manera que tienen de tocar el tambor; en otros, la manera que hay de comportarse en público; y en algunos otros, la manera que tienen de cocinar. ¿Por qué hace falta conservar todo esto? ¿Acaso la gente no inventa esas cosas sobre la marcha, a medida que las necesita?). ¡En fin! Supongo que es mejor que el ministro de Cultura no estuviera en Antigua en aquel

momento, puesto que no sé qué tal le caería yo o las cosas que digo. Se da el caso de que mi madre es bastante famosa en Antigua a consecuencia de sus opiniones en materia de política. Es sincera casi hasta el punto de ser desagradable y le resulta prácticamente imposible mantener en secreto cualquier idea que se le ocurra sobre cualquier cosa... y se le ocurren muchas ideas sobre casi todas las cosas. En un tiempo, mi madre fue simpatizante del único partido político que ha gobernado alguna vez en Antigua, además del actual. En los años en que los antiguos han elegido gobierno, sólo en una ocasión han elegido un partido político distinto al que está actualmente en el poder. En una de las campañas electorales, mi madre estaba

pegando en una farola unos pósters de su partido, al lado de la casa del ministro de Cultura. Cuando el ministro, tras oír el barullo que se había montado (mi madre no haría eso sino montando un gran barullo) salió a la calle y vio que se trataba de mi madre, dijo, quizás dirigiéndose al aire: «¿Qué está haciendo *esa mujer* aquí?» a lo cual mi madre replicó: «Quizás sea una mujer, pero una mujer honrada. No como los que roban sellos de Redonda». Mi madre no me dijo qué significado tenían esas palabras para el ministro de Cultura, pero a consecuencia de ellas el ministro se dio la vuelta y se metió nuevamente en casa sin replicar. Redonda es una roca árida situada en el mar Caribe -en realidad, está más cerca de las islas de Montserrat y de

Nevis que de Antigua, pero por razones que únicamente conoce el inglés que decidió eso, Redonda y las islas de Barbuda y Antigua están agrupadas en un único país-. Cuando los antiguanos hablan de «la Nación» (fíjate que dicen «la Nación» sin ironía), se refieren a la isla de Antigua, un pedazo de tierra de 17 kilómetros de largo por 13 de ancho, víctima de la sequía; se refieren a Barbuda, una isla aún más pequeña que Antigua (Barbuda fue colonizada originalmente por una familia inglesa llamada Condrington; esta familia se especializó en la cría de una clase especial de negros, a quienes vendían como esclavos)

9; y también se refieren a una

pequeña roca árida en la que únicamente viven las aves, Redonda. Una vez se produjo un escándalo a cuenta de unos sellos emitidos para Redonda. Se obtuvo un montón de dinero de esos sellos, pero nadie parece saber en manos de quién cayó ese dinero o adonde fueron a parar los sellos en realidad. ¿De dónde proceden todos esos sellos, tan llenos de colorido, de dónde? Es decir, ¿a quién se le ocurrió la idea? El gobierno de Antigua no tiene un diseñador de sellos en plantilla; no hay ningún edificio que albergue los tintes y el papel en el que se imprimen; no hay Departamento de Reprografía. Pues bien, ¿quién decide que se impriman sellos en conmemoración del nacimiento de la Reina de Inglaterra? ¿Quién decide que se conmemore el

cumpleaños del ratón Mickey? ¿Quién decide que los sellos de este rincón del mundo han de ser brillantes y llenos de colorido, en lugar de sobrios y apagados, como, por ejemplo, los de Canadá? Supongo que en alguna parte existe un sindicato del sello, y que de tiempo en tiempo sus agentes deciden qué es lo que conviene a los intereses financieros del sindicato y emiten este tipo de sellos para países tan incautos como Antigua.

En un lugar pequeño, la gente cultiva los acontecimientos insignificantes. Se toman como hechos aislados, se inflan, se les da mil vueltas y se incorporan a lo cotidiano, de manera tal que en cualquier momento puedan estar, y están, en boca de los habitantes de ese pequeño lugar. Para

ellos, todo acontecimiento es de carácter local; los habitantes de ese pequeño lugar no se ven a si mismos en un contexto más amplio, no se dan cuenta de que forma parte de una cadena que va unida a algo, a lo que sea. Los habitantes de ese pequeño lugar observan a lo lejos lo que se les viene encima y dicen, «lo veo venir». Luego, padecen el acontecimiento como si lo tuvieran sobre su cabeza, sus espaldas, y los oprimiera, esa enorme carga que es el acontecimiento, que les impide respirar normalmente, y dicen, «esto que antes veía venir, ahora lo tengo encima», y siguen así hasta que finalmente lo hacen suyo y pasa a ser parte de ellos, parte de su verdadera personalidad y de lo que son en realidad, y de este modo se sienten realizados hasta que llega otro

acontecimiento y comienza nuevamente el proceso.

Los habitantes de un lugar pequeño no pueden explicarse a sí mismos de manera exacta y cabal. Los habitantes de un lugar pequeño no pueden dar una explicación exacta y cabal de los acontecimientos (por muy insignificantes que parezcan). No se les puede reprochar esto; no es posible dar cuenta exacta y cabal de nada, en ningún lugar. (La hora del día, el día del año en el que varios barcos se echan a la mar es un detalle trivial, insignificante, de cualquier situación o historia; pero la situación, la historia en sí dependen de cosas que nunca pueden definirse con exactitud). Los habitantes de un lugar pequeño no están interesados en absoluto por lo exactas o

cabales que son sus explicaciones, puesto que eso exigiría una cuidadosa labor en la que tendrían que sopesar, considerar, juzgar, cuestionar los hechos. Exigiría inventar un espacio lleno de silencio dentro del cual pudieran realizarse dichas cosas. Exigiría volver a considerar, para adaptarla, la manera en que esa gente entiende la existencia del tiempo. Para la gente de un lugar pequeño, el tiempo no se divide en pasado, presente y futuro. Un acontecimiento que haya ocurrido hace cien años puede estar tan vivo en su memoria como si sucediera en este mismo instante. Por otra parte, un acontecimiento que sucede en este mismo instante podría pasar ante ellos como algo tan borroso como si hubiera sucedido hace cien años. No se ejecuta ninguna acción en el

presente con vistas a los efectos que tendrá en el futuro. Cuando llega el futuro, trayendo consigo sus propios acontecimientos, se rastrean sus antecedentes echando la vista atrás, como en trance, al final del cual, los habitantes de ese pequeño lugar abren asombrados la boca y los ojos, como niños a los que se les muestra el secreto de un número de magia.

En Antigua, la gente habla de la esclavitud como si se hubiera tratado de un desfile de grandes barcos que navegaban en aguas azules, repletos de cargamento humano: sus antepasados. Una vez que abandonaron el barco, les obligaron a trabajar en condiciones crueles e inhumanas, fueron apaleados, asesinados, vendidos, despojados de sus

hijos, esta separación duró para siempre, hubo otros muchos incidentes penosos, y entonces, de repente, se acabó todo el asunto gracias a la denominada emancipación. La gente habla de la emancipación como si hubiera ocurrido hace poco, en lugar de hace más de ciento cincuenta años. Se utiliza con tanta frecuencia la palabra «emancipación», que es como si fuera un suceso que hubiera tenido lugar en esta misma época, algo que todo el mundo conociera. Quizás haya un poso de razón en todo ello, puesto que en Antigua existe una institución que se alaba con frecuencia, la Escuela de Hostelería, una escuela en la que se enseña a los antiguos a ser buenos sirvientes, unos perfectos don nadie, que es de lo que se trata en el caso de los

sirvientes. En Antigua la gente no se da cuenta de la relación existente entre su obsesión por la esclavitud y la emancipación y la manera en que se festeja la Escuela de Hostelería (las ceremonias de graduación se retransmiten por radio y televisión); no se da cuenta de la relación existente entre su obsesión por la esclavitud y la emancipación y el hecho de que estén gobernados por personas corruptas o de que dichas personas hayan puesto el país en manos de extranjeros corruptos. La gente que gobierna Antigua llegó al poder en unas elecciones libres, en las que podía tomar parte todo el mundo. En los relatos sobre la captura y esclavitud de las personas de raza negra casi ningún esclavo menciona quién lo capturó y entregó a su amo europeo. En

los relatos sobre la corrupción del gobierno, los antiguos olvidan mencionar que en veinte años de existencia de una forma u otra de autogobierno, han situado en el poder al presente gobierno, a excepción de un período de cinco años.

Antigua es un lugar pequeño. Antigua es un lugar muy pequeño. En Antigua, no solamente se convierten en hechos cotidianos los sucesos excepcionales, sino que los hechos cotidianos se convierten en sucesos excepcionales. (He aquí un ejemplo: un sábado, en el mercado, dos personas que, por lo que a ellas respecta, no se conocen de nada, chocan accidentalmente; este choque accidental da lugar a una enorme disputa - en realidad, a un drama- en la que las dos

personas se paran a cada lado de la calle y se lanzan insultos a grito pelado. Este suceso excepcional se convierte enseguida en algo cotidiano, puesto que cada vez que estas dos personas se encuentran, a veces accidentalmente, a veces intencionadamente, comienzan otra vez los gritos y los insultos). Sin embargo, los sucesos excepcionales que se transforman en hechos cotidianos y los hechos cotidianos que se transforman en sucesos excepcionales no permanecen siempre en ese estado, como algo fijo. Estos elementos se desplazan constantemente, intercambian sus lugares, y su situación cotidiana depende de toda clase de matices y tonos, mientras que las fuerzas que manipulan dichos matices y tonos permanecen deliberadamente en la

sombra, como algo misterioso y desconocido. ¿No ayudaría a que los antiguos tengan otro tipo de relación con el mundo, una relación más exigente, en la que no siempre sean víctimas de toda mala idea que se le pase por la imaginación al mundo, conocer las razones por las que son como son y se comportan de la manera en que lo hacen, viven como viven y en el lugar en que viven o les ocurren las cosas que les ocurren? ¿No situaría en el lugar que les corresponde los hechos cotidianos y los sucesos excepcionales el conocer las razones por las que los antiguos son como son y se comportan de la manera en que lo hacen, de manera que no se gasten excepcionales cantidades de energía en nimiedades, mientras que lo importante y

lo fundamental se combinan (diestramente) para dar lugar a un panorama de la situación («Hizo esto y luego lo otro»)? Contemplo este lugar (Antigua), a esta gente (los antiguos), y soy incapaz de saber si me educaron unos niños, eternamente inocentes, unos artistas que todavía no han logrado la fama en un mundo demasiado estúpido para comprenderlos, unos lunáticos que han construido su propio manicomio o una exquisita combinación de los tres y si, en ese caso, yo provengo de ellos.

Porque esta gente dice lo siguiente con una voz que sugiere a esos tres tipos de personas: «Ese hotel nuevo y grande es una tapadera para el tráfico de drogas. El hotel tiene su propio muelle, de modo que los barcos que transportan la droga van y

vienen a su antojo. La bahía en la que está situado el nuevo hotel solía albergar las mejores caracolas del mundo, pero ¿dónde están ahora? Aunque todas las playas de Antigua son públicas por decreto, los antiguos tienen prohibida la entrada a las playas de ese hotel; guardias situados a la entrada les impiden el paso; pronto, las mejores playas de Antigua estarán cerradas para los antiguos. Un concesionario de automóviles japoneses, uno de los mayores concesionarios de automóviles japoneses que existen entre Canadá y Sudamérica, lleva el nombre de un ciudadano sirio, pero varios de los ministros del gobierno poseen acciones en el negocio, por eso todos los vehículos gubernamentales son de esa marca de autos concreta. Todos los agentes de

aduanas utilizan como vehículo privado uno de esos automóviles, un modelo lujoso, además. Todos los años, los agentes de aduanas consiguen el último modelo de automóvil. Otros ministros del gobierno también se han metido en el negocio de importación de automóviles japoneses; y si algún día se hallan en la posición adecuada, cambiarán los vehículos gubernamentales para adquirir los de la marca de automóviles que importa su empresa. Los postes de la luz no sólo sostienen los cables eléctricos y telefónicos, tal y como hacen normalmente los postes de luz, también acarrean los cables de la televisión por cable, que son más pesados. El servicio eléctrico y el telefónico están en manos del gobierno. El servicio de televisión por cable es

propiedad de un ministro del gobierno, hijo del primer ministro. Los postes de la luz son viejos y están podridos, se inclinan y caen bajo el peso de cables y alambres. Cuando se derrumban, el gobierno los sustituye por otros nuevos, sin cobrarle un duro al propietario del negocio de televisión por cable. Varios ministros del gobierno han creado su propia empresa; el cliente principal de estas empresas es el gobierno mismo, que declara que únicamente esa empresa está facultada para importar la mercancía que vende; se realizan grandes esfuerzos por ocultar a quién pertenecen esas empresas. Allegados al primer ministro dirigen ostensiblemente uno de los mayores prostíbulos de Antigua. Varios bancos extraterritoriales sirven de tapadera a

malhechores que ocultan el dinero adquirido mediante el tráfico de drogas u otras malas maneras de adquirir dinero, si bien es verdad que aparentemente en Antigua todas las maneras de adquirir grandes sumas de dinero son malas. No es un secreto el hecho de que un ministro está involucrado en el tráfico de drogas. Ése y otro ministro del gobierno se aprovechan de los bancos extraterritoriales y sus depósitos obtenidos de manera dudosa. (Este tipo de bancos son muy populares en las Indias Occidentales; sólo el turismo les gana en importancia. Todos los gobiernos quieren tener esa clase de bancos, que se inspiran en los bancos suizos. Tengo una amiga que acaba de regresar de Suiza. ¡Qué bien se lo ha pasado! Nunca había visto calles

tan limpias, ni gente tan maravillosa. Se hallaba tan embelesada por los suizos y el modo de vida superior que tienen, que me resultó difícil no mencionar el precio que deben de pagar por mantenerlo. Porque no pasa un día sin que oiga hablar de un dictador, algún tirano de algún lugar del mundo que ha vaciado las arcas de su país, sustraído la ayuda de los gobiernos extranjeros, y la ha colocado en su propia cuenta corriente y secreta de un banco suizo; no pasa un día sin que oiga hablar de algún cabecilla del crimen, algún inversor, que tiene una cuenta secreta en un banco suizo. Quizás no exista ninguna relación entre la vida maravillosa que viven los suizos y el dinero de origen dudoso que descansa en las bóvedas de sus bancos; es posible que no sea más que

una coincidencia. Los suizos son famosos por su sistema bancario y por construir relojes de calidad superior. Suiza es un país neutral, el dinero es una mercancía neutral y el tiempo también lo es, puesto que carece de presencia física, no es algo tangible). Varios casinos están en manos de gánsters estadounidenses, que pagan a gente del gobierno para poder tenerlos abiertos. La gente de Antigua no ve qué beneficio les reporta el funcionamiento de esos casinos, si es que les beneficia en algo, a no ser por el empleo temporal que ofrecen a unas pocas personas, puesto que, al fin y al cabo, todos los servicios gubernamentales funcionan mal. (El juego, que en este caso va completamente unido al turismo, es otra industria popular en las Indias Occidentales. Al parecer, todos los

gobiernos de la región quieren tener hoteles con casino incorporado

10. Es como si la gente no quisiera ir a las Indias Occidentales a no ser que tenga ocasión de pasar un rato en el casino. Una vez oí hablar en Radio Montserrat a un tipo medio analfabeto, que criticaba acerbamente a la gente, sobre todo a los sacerdotes, que se oponía a la apertura de varios casinos en la isla de Montserrat. Este hombre declaraba que cuando la gente de Montserrat tenía hambre, no recurría a la iglesia para obtener alimentos, o a esa otra gente que se oponía a los casinos, sino al gobierno, por lo que él tenía que buscar la manera de alimentarla. Es posible que si alguien le hubiera dicho a este señor que, según

parece, los casinos que funcionan en los hoteles de las Indias Occidentales alimentan de manera opulenta a todos los relacionados con dicha industria, excepto a la gente que él tenía en mente, quizás se hubiera parado a pensar en lo que había dicho. Al final de la emisión el locutor declaró que ese hombre era el jefe de gobierno de Montserrat). El gobierno de Antigua dio permiso para que se hicieran pruebas con una munición especial en la isla, munición que sabía de sobra que se iba a enviar al gobierno de Sudáfrica. También dio permiso para que se distribuyera en Antigua carne contaminada por la radioactividad. Un importador de carne, un hombre proveniente de una antigua familia antiguana, presta dinero al gobierno de manera habitual. ¿Cómo es

que un importador de carne de una pequeña isla tiene tanto dinero como para prestarlo al gobierno? Bueno, ciudadanos sirios y libaneses prestan dinero al gobierno de manera habitual. Además, son dueños de grandes extensiones de tierra en Antigua y construyen en los terrenos que poseen en el campo, apartamentos que venden posteriormente (los precios figuran en dólares de los Estados Unidos) a europeos y norteamericanos. (El estilo de construcción de apartamentos, que resulta feo en cualquier tipo de clima, es especialmente feo en un lugar pequeño y caluroso. Piensa en esas estructuras de cemento, parecidas a cajas, apiladas una contra otra como si fueran alimentos enlatados en una tienda sin las estanterías suficientes, desde las que se divisa una

extensión acuática que posee tres tonos distintos de azul marino. Es cierto, los apartamentos degradan todo lo que se halla a su alrededor). Los sirios y libaneses son dueños de grandes extensiones de terreno para uso comercial en Antigua. Construyen grandes edificios de cemento, y el gobierno de Antigua alquila todo el espacio destinado a dicho uso. ¿Por qué no puede el gobierno de Antigua construir sus propios edificios gubernamentales? ¿A cuánto asciende el interés que se paga realmente por los préstamos al gobierno? ¿Se efectúan los préstamos al gobierno o se conceden en realidad a ciertas personas del gobierno, a cuenta de éste? ¿A cuánto asciende el precio real del alquiler que se paga a los propietarios sirios y libaneses? Nadie se

cree la suma mencionada oficialmente, aun cuando ésta es bastante elevada; en el caso de algunos de los locales alquilados, se podría haber comprado varias veces el edificio de la biblioteca de Market Street gracias a los alquileres ya pagados. En el listín telefónico de Antigua, sirios y libaneses tienen más direcciones profesionales y números de teléfono que cualquiera de las otras familias que figuran en el mismo. El embajador de Antigua en Siria es un miembro de una familia siria. Es razonable, pues habla sirio. No obstante, ¿para qué necesita Antigua un embajador en Siria? A sirios y libaneses se les llama «esos extranjeros de...» aunque la mayoría de ellos han adquirido la ciudadanía antiguana. Europeos y norteamericanos no son

extranjeros, sino blancos. Todo el mundo está acostumbrado a los blancos. Los sirios y libaneses no son «blancos». Carecen de instituciones culturales en Antigua, ni siquiera tienen un restaurante. Es como si sirios y libaneses supieran que en cualquier momento se les podría pedir que se fueran, y quizás tengan razón, ¿quién sabe en qué desembocará todo esto? Una vez se halló el cadáver decapitado de la hermana de un cantante de calypso cerca de la isla en la que se halla la base de la Marina estadounidense. Hasta la fecha, no se ha imputado a nadie dicho crimen. Otra vez se halló asesinada a una europea en su casa de Free-man's Village. Tampoco se ha imputado a nadie ese crimen. Un funcionario gubernamental que buscaba pruebas de los delitos

financieros del gobierno resultó electrocutado cuando abrió el frigorífico para tomar algo de beber. Su hijo, que acudió a la cocina y halló el cadáver pegado al frigorífico, también resultó electrocutado al tratar de separar a su padre del aparato. Se celebró un funeral doble en memoria de padre e hijo y prácticamente todo Antigua acudió al evento, ya sea para mostrar su dolor o para observar a quienes mostraban su dolor. Nadie comprende, hasta el día de hoy, cómo podría electrocutarse alguien al abrir la puerta de un frigorífico normal y corriente, a no ser que el aparato estuviera preparado para electrocutar a dicha persona. En los meses que preceden al carnaval, el Gobernador general, un tipo muy estirado, cuya esposa es aún más

estirada, o dicho de otro modo, una clase de hombre bastante corriente cuya esposa hace la compra en el supermercado, se traslada a Inglaterra. La casa en la que vive, la mansión del Gobernador, está justo al otro lado del terreno en el que se celebran los actos del carnaval, y él se va a Inglaterra porque no puede aguantar el ruido. Cuando se halla fuera del país, el primer ministro nombra a otra persona, otro hombre, en calidad de Gobernador general en funciones. Esta persona es normalmente alguien relacionado con el partido del primer ministro. Un año, el hombre que ejercía de Gobernador general en funciones, falleció una tarde al darse un baño en la piscina de uno de los ciudadanos sirios. Ese hombre era muy buen amigo de los sirios. Poseía acciones

de la compañía de automóviles japoneses que estaba en manos de ellos. Él fue el primero que los incorporó a los planes gubernamentales. Pues bien, el hombre falleció mientras nadaba en esa piscina. Los sirios habían sufrido una serie de robos y asaltos a su propiedad y habían instalado por toda la casa unos cables conectados al tendido eléctrico, de manera tal que si alguien penetraba en el recinto, resultara electrocutado; se les había olvidado desconectar los cables que daban a la piscina y a sus alrededores, y el Gobernador general en funciones resultó electrocutado. Tendido en su ataúd, parecía de color negro, como si le hubieran chamuscado las entrañas. Su funeral fue poco menos que un espectáculo, no se había visto nada igual

en Antigua. El hombre que lo sucedió, el segundo Gobernador general en funciones en un período de dos meses, se puso enfermo en el funeral. Dijo que se sentía mal y vomitó. Lo llevaron a casa en coche; luego se puso mejor. Al asistir al funeral de otro alto dignatario, se mareó y vomitó. Los médicos, que asistían al funeral simplemente para prestar sus respetos al difunto, dijeron que no tenía nada, de verdad, pero para asegurarse, lo examinaron y lo enviaron al hospital. (El hospital de Antigua es tan sucio, está tan abandonado, que incluso si trabajaran en él los mejores doctores y enfermeras del mundo, una persona que viniera de otra parte del planeta -Europa o Norteamérica- no se quedaría tranquila tras dejar ingresado allí a un animal doméstico). Los

médicos dijeron que ese hombre no tenía nada, pero para asegurarse, para no correr ningún riesgo, lo ingresaron en cuidados intensivos. La sala de cuidados intensivos es la única parte del hospital que inspiraría confianza a un enfermo, y en el caso de un hombre tan prominente como aquél, era lo único que podía hacerse. Sus amigos fueron a visitarlo al hospital. Les contó algunos chistes. Se rieron y le dijeron, «hasta mañana». Luego se marcharon, y el hombre falleció. Sus amigos se sorprendieron, puesto que les había parecido que se había repuesto. Fue el corazón, había tenido problemas cardíacos. Ese hombre fue envenenado; ¿cómo puede ser el corazón la causa de que una persona vomite y eche espuma por la boca, se desmaye, y a continuación

reviva y vuelva a ser la de antes? Por dos veces, ese hombre se puso enfermo en un funeral, por tanto, debió de ser algo que comió. Bradley Carrot (el nombre del tercer Gobernador general en funciones en un período de dos meses) se mantiene vigilante. Todos los ministros del gobierno van a recibir tratamiento médico al extranjero. Ninguno ingresaría en un hospital del país.

Una vez se esfumaron los once millones de dólares concedidos por el Gobierno francés al de Antigua en calidad de ayuda para el desarrollo. Un alto funcionario gubernamental obtuvo millones de dólares como soborno para permitir la construcción de una determinada clase de planta industrial. Poco tiempo después, la planta se oxidó a

consecuencia de la sal que flota en el aire de Antigua. Todas las emisoras de radio de Antigua son propiedad del gobierno o de ministros del gobierno. En las ondas, nunca se menciona a los partidos de la oposición, salvo para denunciarlos y tacharlos de comunistas que reciben dinero de Fidel Castro y Muammar el Gadaffi. Estaba previsto que Antigua tuviera una industria de refinado del petróleo. Compañía Petrolífera de las Indias Occidentales, así se iba a denominar. El gobierno construyó los grandes tanques para almacenar el petróleo antes y después del proceso de refinado. Asimismo, construyó una plataforma mar adentro, donde los grandes petroleros cargarían y descargarían el crudo. También construyó

una refinería, pero algo salió mal. La refinería se está oxidando. Algo tuvo que ver con esto el extranjero que cometió aquellas fechorías en el lejano Oriente. Él no se está oxidando, claro. Es un hombre muy rico y viaja por todo el mundo con un pasaporte diplomático expedido por el gobierno de Antigua. Además, tiene nuevos planes. Quiere edificar un museo y una biblioteca para el pueblo de Antigua. Cuando se sacaron en subasta los documentos de la familia esclavista de Barbuda (los Condrington), los archivos del tráfico de vidas humanas en el que estaba involucrada esa familia, el gobierno de Antigua pujó para hacerse con ellos. Alguien más pujó más alto. Se trataba del extranjero, y su oferta resultó la más sustanciosa. Luego, el extranjero

donó esos documentos al pueblo de Antigua. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente, que se entregan como regalo a las víctimas los archivos de una camarilla de enemigos, comprados por otro enemigo. La gente que se ha hecho cargo del gobierno no ha sido siempre tan ladrona, ni tan corrupta. Se apropiaba de algunas cosas, pero siempre en pequeñas cantidades. Por ejemplo, cuando el gobierno edificaba nuevas casas para venderlas a la gente, uno o dos ministros se quedaban con varias de las casas para alquilarlas o venderlas por su cuenta. Todo el mundo se sabía la historia. Ha habido varios ministros honrados. Uno de ellos, famoso en Antigua y dirigente del movimiento sindical, incluso murió pobre. Otro ministro tuvo que conducir un taxi

cuando su partido abandonó el poder. Es precisamente de él, del ex ministro conductor de taxi, de quien aprendieron la lección los otros ministros. Si se les pregunta, «¿por qué roban?», contestarán lo siguiente: «¿Quieren que me dedique a conducir un taxi cuando abandone el cargo?». Todos los ministros poseen el permiso de residencia y trabajo norteamericano, un documento que les convierte en residentes legales de los Estados Unidos de América. Los ministros, las personas que gobiernan la isla de Antigua y que son asimismo ciudadanos de Antigua, son residentes legales de los Estados Unidos, lugar que visitan con frecuencia.

Y es con esa extraña voz, la voz que sugiere inocencia, arte, locura, con la que

dicen estas cosas los antiguanos, parándose para tomar aliento ante este o aquel monumento a la podredumbre, como si fueran guías turísticos; como si tras haber observado el fenómeno del turismo, lo hubieran absorbido tan completamente que la degradación y humillación de su vida cotidiana se hubiera convertido en su propia atracción turística.

En Antigua supuso todo un acontecimiento la fundación en 1939 del Sindicato Obrero de Antigua, organización cuyo objetivo era obtener mejores salarios, mejores condiciones de trabajo y un mejor nivel de vida en general para los trabajadores. Finalmente, además de sindicato, se convirtió en un partido político que exigía el sufragio

universal y que la tierra de Antigua no estuviera en posesión de sindicatos compuestos por ingleses (la mayoría de los cuales seguía viviendo en Inglaterra y no había puesto los pies en Antigua), sino por antiguos, y exigía que los antiguos gobernaran Antigua. En Antigua fue todo un acontecimiento que el presidente de ese sindicato encabezara el gobierno de la nación, primero en calidad de jefe del gobierno y más adelante, cuando Antigua se independizó de Inglaterra, ocupando el cargo de primer ministro, durante veinticinco de los treinta años en que Antigua ha contado con alguna forma de autogobierno. A veces, cuando contemplan a ese hombre, los antiguos piensan en el caso de George Washington, libertador y primer

presidente de los Estados Unidos; otras veces, cuando contemplan a ese hombre, los antiguanos piensan en el caso de Jackie Presser, dirigente de la Unión Sindical de Norteamérica, quien se halla sirviendo una condena en prisión por apropiación indebida de los fondos del sindicato. Durante cinco años, Antigua tuvo otro primer ministro. Se presentó a la reelección, pero no fue elegido. El primer ministro cuyo reinado había interrumpido lo acusó de haber utilizado el cargo en provecho propio, y sufrió una condena de ocho meses de cárcel. Es triste el caso del primer ministro cuya carrera terminó con la derrota política y en la cárcel, puesto que la gente esperaba que cambiara la situación anterior, gris y llena de corrupción, por otra plena de honradez,

brillantez y prosperidad; en lugar de ello, la industria azucarera cayó en la bancarrota, los turistas dejaron de acudir a la isla, se destituyó al ministro de Obras Públicas porque se sospechaba que había sustraído grandes cantidades de dinero del erario público, y el hermanastro ilegítimo del primer ministro, miembro del gabinete, escupió a una azafata mientras viajaba de pasajero en un avión.

El caso de corrupción del otro primer ministro de Antigua se remonta a un antiguo caso. Dicen que de joven ese primer ministro trabajaba para un comerciante-importador que era además uno de los panaderos más importantes de Antigua. Trabajaba de contable para ese hombre, y en ese puesto ganaba el salario típico de un joven contable, pero el

comerciante-importador se dio cuenta de que su joven empleado poseía automóviles recién estrenados y parecía vivir prósperamente. En la Antigua de los años treinta, muy poca gente poseía un automóvil o vivía prósperamente, por lo que el comerciante-importador solicitó echar un vistazo a los libros de contabilidad. Fuera lo que fuera lo que sucedía con esos libros, el joven no estaba interesado en que lo descubriera el comerciante-importador, puesto que cogió los libros, corrió con ellos a la panadería y, extendiendo sus largos brazos, los arrojó al horno, donde al punto se destruyeron, sin que ningún mortal los pudiera volver a ver. Por tanto, en Antigua se relaciona el caso de la quema de los libros de contabilidad del

comerciante-importador con el hecho de que se desplazara a los primeros y honestos líderes del Sindicato Obrero de Antigua fuera de la organización que ellos fundaron, mientras que ocupaba su lugar gente indeseable; asimismo, se relaciona con ese hombre, el primer ministro, quien en cierta época les había parecido un hombre honrado, pues podía explicar en detalle los apuros por los que pasaba el antiguano medio. También se relaciona todo esto con este otro asunto: en Antigua, cuando una persona abre un negocio, pone un letrero anunciándolo, en el que describe la clase de actividad comercial que lleva a cabo y consigna su propio nombre, seguido de las palabras & HIJO, de la manera siguiente: DAVID A. DREW & HIJO, CARPINTERO Y

EBANISTA. En Antigua, la gente dice que el hombre que ha sido jefe de gobierno durante veinticinco años quizás piense después de todo ese tiempo que el gobierno de Antigua es su propio negocio, pues dos de sus hijos son miembros del gabinete y ocupan los puestos más importantes después del de primer ministro. Concretamente, se ocupan de la Hacienda, el Turismo y las Obras Públicas, departamentos gubernamentales que mueven grandes sumas de dinero. Tras contemplar al padre y a los hijos, dicen, ¿y ahora qué?, pues se les ocurre que una familia que ha venido detentando el poder durante tantos años quizás no lo abandone fácilmente, quizás no lo abandone si pierde las elecciones, quizás no se deje derrotar en las elecciones,

incluso es posible que no permita que se celebren elecciones ni nada. La gente observa que Antigua cuenta con un ejército, si se le puede llamar así, que sólo sirve como objeto decorativo, al igual que hizo el de Granada cuando los Estados Unidos invadieron la isla; es decir, un ejército que únicamente puede legitimar actos ilegítimos. Aunque este ejército no está en condiciones de participar en una guerra, pues no está entrenado para ello -después de todo, Antigua carece de enemigos- los miembros de ese ejército pueden disparar contra la gente, y si no pueden participar en una guerra pero pueden disparar contra la gente, ¿contra quiénes van a disparar? Así pues, la gente relaciona el caso de este padre y sus hijos que han detentado el

poder en Antigua durante tantos años y a los que podría resultar difícil abandonarlo para irse a Nueva York a gastar el contenido de sus enormes cuentas bancadas, con el de Haití y los Duvalier. El padre, dicen, es viejo y está débil, necesita diariamente inyecciones de sustancias vigorosas que lo mantienen con vida. Luego, señalan a uno de los hijos. Dicen que les recuerda mucho a Baby Doc y al tren de vida opulento y lleno de diversión que llevaba en su país, castigado por la pobreza. Señalan al otro hijo y dicen que les recuerda a Papa Doc en persona, pues se trata del hijo despiadado que no teme a nada y que no dimite de su cargo en el gobierno, aun cuando es incapaz de justificar las grandes sumas de dinero destinadas a

proyectos de obras públicas. Claro que entonces, ante la perspectiva de enfrentarse a ese tipo de acontecimientos, los antíguanos dicen que no, que quizás no se vayan a producir, puesto que el hijo que se parece a Baby Doc y que ama la opulencia y la diversión ama realmente la opulencia y la diversión y que, como Baby Doc, no es en absoluto un líder; y que el otro hijo, el que se parece a Papa Doc, se está muriendo de leucemia o de otra terrible enfermedad de la sangre y tiene que acudir todos los meses a Nueva York para someterse a tratamiento. Entonces, se imaginan otra historia, la de Maurice Bishop

11 en Granada, y se imaginan que el mismo tipo de hombre se aparecerá en

Antigua, hará el tipo de cosas que hacía Maurice Bishop, dirá el tipo de cosas que decía y tendrá un fin parecido al suyo, la muerte; sólo que esta vez a manos de los norteamericanos.

IV

Antigua es hermosa. Antigua es demasiado hermosa. A veces parece tener una belleza irreal. A veces parece como si su belleza fuera el escenario de una obra de teatro, pues ningún atardecer de verdad se asemeja a esos atardeceres; ningún agua marina tiene tantos tonos de color azul a la vez; ningún cielo tiene ese tono azul -otro tono azul, completamente distinto de los tonos azules del mar- y ninguna nube es tan blanca y flota de esa manera en el cielo azul; ningún día es tan brillante y soleado, ni da a todas las cosas un aire transparente y superficial; y ninguna noche es tan negra, ni da a todas las cosas una apariencia espesa, profunda

e insondable. Ningún día y ninguna noche se dividen tan equitativamente, doce horas para el uno y doce para la otra; ningún día comienza o finaliza de manera tan dramática (no hay amaneceres en Antigua: al de un momento, te hallas inmerso en la completa oscuridad de la noche; al momento siguiente, el sol brilla en lo alto y permanece en esa posición hasta que se pone en el horizonte en medio de una explosión de rojos, vuelve a aparecer la oscuridad de la noche, y es como si de repente se hubiera cerrado la tapa de un arcón en el que estuviéramos metidos). Ninguna arena de ninguna playa es tan fina, tan blanca (en algunos lugares) o tan rosa (en otros); ninguna flor tiene esos tonos de rojo, púrpura, amarillo, naranja, azul, blanco; ningún lirio florece

únicamente de noche, perfumando el ambiente con una espesura tan dulzona que te hace sentir un poco mareado; ninguna tierra tiene ese color marrón y ninguna hierba ese tono particular de verde gastado y macilento (debido a la escasez de lluvia); ninguna vaca parece tan famélica al pastar en la hierba de aspecto irreal de un prado de aspecto irreal, y ninguna vaca parece tan miserable como éstas, mientras varias garcetas blancas de aspecto irreal comen insectos montadas en su lomo; ninguna lluvia cae con tanta fuerza, de manera tal que perfora la tierra agostada. Ninguna aldea situada en el campo recibiría el nombre de Table Hill Gordon, y ninguna aldea que tuviera ese nombre aparecería tan bella en su pobreza, su simplicidad,

sus casas de una habitación pintadas en tonos irreales de rosa, amarillo y verde, un perro dormido echado a la sombra, varias moscas posadas sobre la boca del perro. O el mercado del sábado por la mañana, donde los colores de las frutas y verduras, los colores de la ropa de la gente y el color del día en sí, el color del mar, tan próximo, y el color del cielo, que está allá en lo alto y parece tan cercano que podría tocarse con la mano, la manera en que habla inglés la gente (lo chapurrea) y el modo en que se enfadan entre ellos y el sonido que hacen cuando se ríen, todo esto es tan bello, nada de esto es real como las otras cosas reales que existen. Es como si la belleza, la belleza del mar, la tierra, el aire, los árboles, el mercado, la gente, los sonidos que emiten, fueran

una prisión y como si las personas y cosas que se hallan en su interior estuvieran encerradas, mientras que las personas y cosas que se hallan en el exterior se hubieran quedado fuera, sin poder entrar. ¿Qué consecuencias puede traer a la gente corriente vivir todos los días de esta manera? ¿Qué consecuencias puede traerles vivir todos los días en esa clase de ambiente tan intenso y recargado? Carecen de modelos con los que comparar esta constante increíble, carecen de un gran momento histórico con el que comparar la manera en que viven actualmente y la manera en que solían vivir. Ni Revolución Industrial ni ninguna otra clase de revolución, ni Edad de esto ni de lo otro, ni guerras mundiales o décadas de turbulencia compensadas por

décadas de calma. Nada que, natural o no, deje una impronta en su carácter. No es más que una pequeña isla. La manera irreal en que aparece actualmente su belleza es la manera irreal en que siempre solía aparecer. La manera irreal en que aparece su belleza ahora que está poblada por personas libres es la manera irreal en que solía aparecer su belleza cuando estaba poblada por esclavos.

Digámoslo una vez más, Antigua es un lugar pequeño, una isla pequeña. Tiene doce millas de largo por nueve de ancho. Fue descubierta por Cristóbal Colón en 1493

12. Poco tiempo después, fue colonizada por escoria procedente de Europa que utilizó a seres humanos

esclavizados, si bien nobles y majestuosos, provenientes de África (todos los amos son escoria y todos los esclavos son nobles y majestuosos; no hay ninguna duda sobre esto) con el fin de satisfacer sus deseos de riqueza y poder, para sobrellevar mejor su miserable existencia, de manera tal que se sintieran menos solos y vacíos, una enfermedad europea. Finalmente, los amos se marcharon, en cierto modo-, los esclavos fueron liberados, más o menos. Hoy en día, la gente de Antigua, la gente que realmente se considera a sí misma antiguana (la gente que inmediatamente se te pasaría por la imaginación al pensar en qué se parecen los antiguanos; es decir, suponiendo que se te ocurriera pensar en ello), descende de esa gente noble y

majestuosa, los esclavos. Por supuesto, todo se reduce a que, cuando uno deja de ser amo de alguien, cuando arroja a la basura el yugo opresor, inmediatamente deja de ser escoria, para transformarse en un simple ser humano y todo lo que ello representa. Sucede lo mismo con los esclavos. Una vez que dejan de ser esclavos y alcanzan la libertad, dejan de ser nobles y majestuosos; se transforman simplemente en seres humanos.

* * *

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

08/02/2010

notes

1 Actualmente, el primer ministro de Antigua es Lester Bird, hijo de V.C. Bird, ya fallecido.

2 A primeros de septiembre de 1995, el huracán Luis azotó Antigua y Barbuda

con vientos huracanados de más de 200 kilómetros por hora. Todos los hoteles de Barbuda resultaron dañados y la mitad de las viviendas destruidas. En Antigua, casi el 75% de las viviendas sufrieron graves destrozos y numerosos edificios públicos, incluidas las escuelas y el hospital, quedaron poco menos que en ruinas. Se calcula que los daños totales ocasionados por el huracán ascendieron a 375 millones de dólares estadounidenses.

3 Antigua pasó a ser un estado asociado a la Commonwealth en 1967, pero no obtuvo la independencia plena hasta 1981. Actualmente, Antigua cuenta con cerca de 80.000 habitantes, de los cuales 30.000 viven en la capital, St. John's.

4 Los primeros colonos ingleses

llegaron en 1632, procedentes de St. Kitts. A partir de 1674, el azúcar se convirtió en la principal fuente de ingresos de Antigua, cuando Christo-pher Condrington mandó construir el primer ingenio de azúcar en la isla. Poco después, se construyeron más de 150 ingenios y los cultivadores abandonaron el tabaco para pasarse al cultivo de la caña de azúcar. A consecuencia de esto, se trajo una gran cantidad de esclavos de África para trabajar. En 1736 hubo un levantamiento de esclavos que protestaban por sus condiciones de trabajo y vida.

5 El futuro almirante Nelson estuvo estacionado en Antigua de 1784 a 1787, en calidad de oficial de la Marina. No era nada popular en la isla debido a su estricta aplicación de las leyes

comerciales que impedían el tráfico comercial con los Estados Unidos de América y pasó la mayor parte del tiempo sin salir de su barco.

6 El inglés es el idioma oficial de Antigua, aunque la mayoría de la gente habla un dialecto local o creóle.

7 Los primeros habitantes de la isla fueron los siboney, mesoindios itinerantes que dejaron muestras de su cultura en forma de conchas talladas e instrumentos de piedra alrededor de 2400 A.C. Más tarde llegaron los arawak, que introdujeron la agricultura en la isla y establecieron varias comunidades en 35-1100. Además de cultivar la piña, los pimientos, las guabas, el tabaco y el algodón, también se dedicaban a la pesca en el litoral. En el año 1200 de nuestra

era, los caribes expulsaron a los pocos arawak que permanecían en Antigua y se instalaron en la isla hasta la llegada de los europeos.

8 En la actualidad existe en Antigua un Ministerio de Interior, radiodifusión, Deportes y Carnaval

9 La mayoría de los habitantes de barbuda proceden de los mismos antepasados, esclavos traídos a la isla a finales del siglo XVII. Los experimentos genéticos con los esclavos dieron lugar a una población de gente más alta que lo normal

10 En la actualidad hay tres casinos en Antigua

11 Líder revolucionario de Granada asesinado por miembros de su gobierno a mediados de octubre de 1983, en un

intento de golpe de Estado. Dos semanas después, el gobierno de Reagan aprovechó estos acontecimientos para invadir la isla.

12 En 1493, Colón bautizó a la isla con el nombre de Antigua, en homenaje a la glesia de santa María la antigua de Sevilla